

Notas de color.

PLAZUELA ANDALUZA

POR JOSE BRUNO

EL sol da sesgado sobre el paredón mu-
zárabe de la iglesia, lustra el verde
simpático de los naranjos y dora el
cuadrángulo irregular de la plazuela. Ya los
vendedores, de pregón recio, han recogido
sus tenderetes de hortalizas; retiró su ana-
fre y limpió sus lebrillos el freidor de chur-
ros; y una ponderada apacibilidad equilibra
el ambiente, para que los viejos, callados,
posadas sus venosas manos sobre las rodillas
enjutas, tomen el sol abuelo, sentados en los
banco de piedra y en las escaleretas del
porche. El maestro barbero cuelga en los
clavos de la fachada las jaulas de sus jil-
guerillos y chamarices, y un fino concierto,
como de pintadas cajas de música, celebra
el vivificante júbilo de la luz.

Esta plaza, solar donde antiquísimamente

estuvo erigido un ancho claustro, parece re-
memorar, en sus medios días luminosos, un
silencio votivo, una meditación infinita...
Sólo, a ratos, suena el vocejón armónico del
lañador; sólo, de vez en vez, surge la copla
de la atareada vecina:

¡Mi amante es cartujano,
mamita,
pintó de losa...!

El maestro barbero lee la Prensa, frunci-
do el entrecejo crítico; un viejecito, con el
pavero ancho sobre las cejas canas, labra
un canastillo de esparto, y el niño que no ha
ido a la escuela, este niño que no va a la
escuela jamás, pone en el escalón de su puer-
ta el pequeño teatro de cartón y mueve sus
pajes, guerreros, princesas, castillos y pala-

